

# Tres recuerdos de Natasha

(y otras entradas de diario)

## Recuerdo primero

Cuando todavía era un niño enamorado, me entregué —como a tantas otras cosas que la gente gustaba de llamar «pérdidas de tiempo»— a la lectura de Matsuo Bashō y Kobayashi Issa. Parece mentira, pero aquella tarde había recordado el dulce haiku que promete la incipiente del amor:

Under the cherry blossoms  
strangers are not  
really strangers.

Aunque el calor era insoportable y el día era clarísimo, quienes conocíamos el inclemente clima de esta región del mundo sabíamos que se avecinaba una tormenta tropical. Estábamos reunidos en un antiguo patio donde la gente de la ciudad se amontona a escuchar música bajo la amorosa sombra de los mangos y los urunday, meciendo nuestros sentimientos al son de unas canciones con un dejo folklórico y feliz, como se mece a un niño febril que quiere llevarse a las serenas regiones del sueño.

Lentamente los tintes carmesíes del arbol fueron invadidos por una oscuridad de plata. Los cuerpos, los cuerpos de las gentes y las cosas, aparecían ante mí como fantasmas nativos de un mundo mágico y perfecto. Una profunda soledad invadió mi corazón, tal vez porque la música se había vuelto melancólica, tal vez porque en mis puños cerrados todavía me aferraba a un puñado de ceniza y la sentía escaparse de mis manos lentamente, como el polvo fino de un reloj de arena pasa de una parte a otra. «Así me escondo en este mundo»—pensé—«con esta arena, con este recuerdo apretado entre mis manos».

Salí a sentarme solo en un banco de madera, cerca de un árbol de naranjos, con el alma oprimida por la añoranza de una mujer que ha muerto, del deseo de verla bailar en la hojarasca con aquellas personas que no la conocieron, del ansia de volver a sentir sus manos y su voz llamándome, pero esta vez sin lágrimas ni pena. ¿Qué puede doler más que el pensamiento desesperado de querer hundir los labios en la tierra para llamar un nombre que, día a día, es recordado por menos y menos personas? Lentamente, como un yagüaré que acecha en los juncos, la tormenta iba anunciándose en la voz del viento.

Sentí aproximarse, más que un cuerpo, una mirada—una que algunos días después, en otro patio nocturno, llamaría una «mirada de cinco siglos»—. No sé cómo pero supo recordarme que había otro mundo dentro, un mundo de personas vivas que bailaban vivamente, besándose los labios o tocándose las manos, amándose en secreto aunque fuera por sólo unos instantes, bajo el influjo de una música a la vez citadina y de interior. Aquellos ojos negros eran ojos vivos y, en cierto modo, me llamaron al mundo de los vivos. Y entonces abandoné mi pensamiento, abandoné a mi amada muerta, y mirando a la muchacha que ya se levantaba de mi lado pensé:

Bajo el árbol de naranjos  
los extraños no son  
verdaderamente extraños

Poco después la tormenta desató su furia, como una bendición, sobre nosotros.

## Recuerdo segundo

Bajo las tenues y pequeñas luces que colgaban sobre el aire nocturno del patio, su rostro dejaba traslucir los vestigios guaranícos, africanos y europeos que conjugaban en él una hermosura sin nombre. El piso de ladrillo era cercado por estrechas franjas de tierra fértil, alfombrada de perladas piedrecitas blancas, desde las cuales decenas de plantas tropicales conjuraban una especie secreta de encanto similar al de sus ojos negros. En efecto, había en aquellos ojos todo lo que en América creemos —o fingimos creer— haber enterrado, otorgándole lo que alguien describió correctamente como una «mirada de cinco siglos». Sentada en silencio, descalza y con un cigarrillo en la mano, la salvaje hojarasca de un jazmín brasileiro abierta a poca distancia de su oscuro cabello, como infinitos dedos que sueñan dar sonido a un instrumento delicioso y primitivo, ella también se preguntaba quiénes fueron los hombres, los infinitos hombres, que la habían llevado allí. Ella no lo sospechaba, pero ella era —como todas las cosas— apenas algo más que un eco. Y yo la contemplaba con el silencio respetuoso de los que invaden un cementerio, disimulando mi distante asombro, aunque todo en mí sintiera que una reverberancia de voces milenarias iba aflorar, en cualquier momento, desde sus labios.

—¿Qué hace?—me pregunté, temiendo que lograra desnudar mi corazón, y una voz interior me dijo «está esperando». Sus pies descalzos se unieron el uno al otro como dos trenzas juveniles; sus dedos se entrelazaron y recorrieron su cuerpo como enredaderas silvestres; el patio se deshizo y dio lugar a una hierba milenaria, inundando mis sentidos cruel o tiernamente. Nada quedó a mi alrededor. Solo y confundido, miré la hermosa flor que había nacido ante mí, que ya no me increpaba con cinco siglos de mirada. Y repetí en silencio: «está esperando».

## Recuerdo último

Aunque lentamente, las nubes de la tormenta ya empezaban a disiparse en el cielo gris que plateaba las aguas del Paraná. Durante los primeros minutos de conversación, como es usual en estas ocasiones, mis palabras zozobraban un poco y me sentía levemente vulnerable. Con toda certeza, ella sabía la verdad de mi corazón, y lo tenía ante sí desnudo y sin tinieblas que escondieran sus secretos. Sentí que la fuerza del río, como un lazo espiritual, nos unía misteriosamente. Es posible que fuéramos peces en un acuario íntimo y secreto, o juncos que arriman sus cabezas o enlazan sus raíces en el lecho del río, o las dos torres de un frágil castillo de arena. Sus ojos me parecían otra vez estar pletóricos de tiempo, llenos de siglos, eras y estaciones. Su rostro pérsico, perfilado sobre las aguas argentadas del río, era alumbrado por la poca luz pálida que rompía las densas nubes de la tormenta menguante.

Hablamos de los dos milenios de Roma, de cierta anécdota divertida que recuerdo de mi estadía en Cuba, de mis viajes a la India y sus viajes a Europa, de Twin Peaks, de la trama de una novela de Conrad, y del minimalismo de las letras en las canciones que había escrito en su álbum. Una pinta de cerveza acompañó estas digresiones, y un observador incauto tal vez se apresuraría a decir que mi incipiente estado de ebriedad era la explicación de mi adquirido desenvolvimiento, de mi relajación, de que mis palabras no zozobrarán más sino expresaran, con el distendido auxilio de mis manos, la alegría que se gestaba en mi interior. Pero esto sería equivocado. Toda mi paulatina calma era abrigada por una sola causa: la creciente sospecha de que no estaba solo, de que ella sentía, si no lo mismo que yo, algo parecido; sospecha que era apenas algo más que una esperanza, pero que se encendía más y más gracias a al nosequé que ardía en su mirada.

En este tipo de circunstancias, suele suceder que el mundo exterior parece emular nuestro fuero interno. Tal vez por eso, a medida que la angustia que se había formado en mí, pensándome perdido, se trastocaba en esperanza, las nubes densas se disipaban más y más, llenando el horizonte de rayos carmesíes que penetraban la superficie del río como dagas celestiales. Yo estaba de espaldas a la puesta del sol, de manera que contemplaba el arbol del horizonte derramándose no en el agua, sino en la piel oscura de su exótico rostro. Comprendí, al ver sus ojos teñidos de un púrpura exquisito, que el horizonte gris a mis espaldas se había convertido ya en un mundo de celajes ardientes. El arbol intenso de mi tierra se diluía sobre aquellos ojos antiguos, como tinta escarlata echada en el agua de un estanque japonés, causando en mí una suerte de asombro primitivo.

Muy pronto el agua se oscureció y la crueldad de la noche se alzó sobre nosotros como un vengativo hechizo guaraní. Solo entonces comprendimos, con claridad

total, lo que ocurría. Después de besarla sentí en mis labios un sabor extraño y desconocido. Era el sabor que sentiría un hombre si besara la cara oscura de la luna. Estuvimos quietos un momento, un instante en que sólo el agua continuó su curso milenario. Parecíamos estatuas inmóviles en esta región del mundo llena de huellas ocultas. Me pregunté si aquel beso también dejaría una huella en las arenas, o una marca singular en el río, como una moneda de plata que, arrojada en él, brillara secreta y milenariamente en su profundidad. Pero no abrigué esperanza: era posible que mañana todo se desvaneciera, que la moneda de plata se hundiera en el lecho fangoso, o fuera tragada por el pez más viejo del río.

Fuimos —ahora lo comprendo— lo que tantos otros han sido: fantasmas aparecidos e idos en el curso de unas horas, de modo tal que nadie, ni siquiera nosotros, ha de saber con certeza sin en verdad estuvimos allí, o si no seguimos allí ahora mismo, como dos espectros, en el atardecer eterno de un sol que nunca acaba de ponerse. La moneda de plata, recién arrojada al río, todavía se hunde y no ha tocado el fondo lúgubre. Es imposible decir si brillará como una estrella subfluvial, o sucumbirá en un fondo lleno de peces primitivos y recuerdos que, siniestramente, yacen sepultados.

## Con el diario del lunes

Cuando pienso, habiéndolo comprendido todo, en las perfectas y precisas coincidencias que hicieron posible las cosas que he escrito, las cosas que sentí, este verano, no puedo evitar pensar que el destino se está cobrando una deuda, o que un hechizo vengativo entretejió los acontecimientos como una bruja teje su vestido negro. Jamás, en cuatro años, alguien que no sea mi pareja me quitó el sueño. Por lo general, soy yo quien es querido sentimentalmente, incluso amado, y es el otro quien es sólo deseado o apenas digno de interés.

Repasemos los acontecimientos con la frialdad que tengo que forzarme a adquirir ahora que la suerte ya está echada. Primera anomalía: por primera vez en años, conozco alguien que me gusta más allá de un simple deseo pasajero. Me coso los labios porque tiene pareja, nadie sabe lo que siento, y el sentimiento no es lo suficientemente fuerte como para causarme dolor. A lo sumo, siento una pasiva resignación que no llega siquiera a ser amarga.

Segunda anomalía: justo en este verano, justo cuando vivo este sentimiento, esta persona abre su relación. (Se empieza a ver la mano del diablo.) Así y todo, no reservo ninguna esperanza. No gusta de mí. Acepto estoicamente esta realidad y ni siquiera trabajo por cambiarla.

Tercera anomalía: actúo un tanto impulsivamente, mostrándole lo que escribí en mi diario —en este mismo diario—, y para mi sorpresa es receptiva. (Yo esperaba una inmediata parada de carro.) La dinámica comunicacional cambia. Percibo interés, pero sigue siendo ambiguo.

Finalmente vamos a una cita, la cita que describo en el último recuerdo, y todo sale «bien». Las comillas son enormes. Embriagado de pensar que, aunque solo unos días atrás me creía perdido, ahora parecía interesarse en mí, me quemo como un campeón, hablo de más. Esta es la anomalía final: yo, que pongo muros a diestra y siniestra, y no dejo que nadie se me acerque—que cuido mis espaldas como si me persiguiera el diablo—hablo apresuradamente, me exhibo, no me escondo. En resumen, *I don't play it cool*, le hago saber que me gusta. (Primera cita, *what the fuck man?*) Y soy tan estúpido que ni siquiera me percaté del error que cometía. Porque, sin que yo me diera cuenta, ella me estaba mirando como yo miro a las pobres pibas que, muy equivocadamente, se enganchan conmigo, o incluso se enamoran—con esa misma cruel condescendencia que se mezcla un poco con el rechazo, la saturación y el cringe.

Cuando pienso en esas muchachas, a veces me digo a mí mismo: «pobre piba, qué duro gustar de alguien que no gusta de vos». ¿No es esta la soberbia horrible que estoy pagando ahora? ¿Por qué las beso igual si sé que, por más claro que yo

sea, eso enciende su ilusión? ¿Y por qué me besó ella viéndome tan perdido? El pobre idiota—yo—vuelve a su casa y escribe acerca de una moneda de plata que se hunde en el río. Así anda por este mundo el pobre boludo, romantizando. Se merece el bullying que le estoy haciendo.

Ahora, la misma desilusión apagó mis sentimientos. Aunque sea un poco. La quiero y deseo ser su amigo. La ansiedad de temer que el vínculo —en cualquier forma que pudiera tomar— se perdiera ya no existe. Ahora me queda una ensalada de emociones y pensamientos intrusivos: la bronca de que justo la única vez en media década que alguien me gusta sea también la única vez que no gustan de mí, la ironía con que yo mismo observo mi propia estupidez, la vergüenza de haberme quemado como un gil cualquiera —me mandaron al lobby de toque—, la alegría de igual haberla podido besar, la recontra alegría de que la amistad sigue intacta, la melancolía de que la voy a extrañar —a ella y a todos mis amigos—, la inmensa confusión acerca de qué significó esto —¿por qué me gustó *ella*, de todas las personas con que me relaciono, si somos tan distintos?—y un inmenso etc. Estoy tan enredado que ni siquiera puedo escribir bien —esta entrada de diario parece la catarsis de una minita adolescente después de mirar *Crepúsculo* y pensar en «su Edward»—. Comparo lo que escribía hace una semana —esmerado, prolijo, literario— con este mamarracho y digo «wow, así de fuerte me pegó».

Realmente, es para reírse. La conclusión a la que siempre llego en esta vida es que soy un boludo. Y en serio que parece que las cosas hubieran estado armadas para enseñarme una lección. Para bajarme del metafórico pony en el que vivo montado. *Well, mission accomplished!*

## Epílogo: Dos poemas a Natasha

### I

Three riverine cats were witness, nothing more,  
of our obscure affair. The river still  
repeats the words we whispered on the shore,  
without a doubt against the river's will.  
I hear the wicked waters ask: —What for?  
Why did those feet offend the coast? To kill?  
To perjure and corrupt? Or to restore  
something we took and offered to the nil...  
Only the waters know that day I learned  
that afterglows could wane in human eyes  
like purple ink that's bleeding in a pond.  
Only the waters now remain concerned,  
while we try to forget or to disguise.  
Only the water speaks—we won't respond.

### II

Desde un oriente yermo la tarde se derrama  
sobre la anciana orilla de un agua que delira  
con ser la viva sangre de un Cristo que nos llama  
con algo de tristeza y con algo de mentira...!

El agua enrojecida, nocturna, te proclama.  
(Yo quise, vida, verte tal como Dios te mira:  
llena de luz y sombra, como una diurna trama  
tejida con los hilos de una luna que expira.)

Recuerdo la asombrosa navaja de tu aliento,  
que destejió las hebras de mi carne florida  
cuando sentí en tu boca la muerte de una estrella.

El río, antigua lágrima de Cristo, con el viento  
se lleva esas memorias, y en ellas nuestra vida,  
fundiéndose en la sombra distante de tu huella.